

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

DECEPCIONAR

De vez en cuando les pido que me ayuden en alguna investigación. Hoy lo hago de nuevo. Cuando escribí *Anatomía del miedo*, describí un miedo frecuente: el miedo a decepcionar. Decepcionar es frustrar las expectativas de alguien. En su origen, todos los miedos son beneficiosos, y éste también. Trata de regular la conducta teniendo en cuenta la opinión que producimos en los demás. Pero, como todos los miedos, se convierte en dañino si se vuelve desproporcionado. El miedo a decepcionar esclaviza a muchas personas y las impulsa a

comportamientos injustamente lesivos para ellas mismas. Les pondré algunos ejemplos: la dificultad para decir “no” ante una petición, la timidez al reclamar los derechos (revisar la cuenta en un restaurante y decir que le han cobrado un euro de más en un plato, pedir a un amigo que nos devuelva el préstamo que le hicimos, etcétera) ¿Qué mecanismo funciona en estos comportamientos tan poco lógicos? El miedo a que nuestra imagen se devalúe a los ojos de alguien. Para mostrar la perfección de su personaje, los biógrafos de San Francisco de Sales cuentan que en una ocasión fue invitado a predicar en la corte real francesa, a causa de la fama que tenía de elocuentísimo predicador, y que para evitar todo ensobrecimiento pronunció un discurso espantosamente ramplón. Lo consideraban, con razón, un acto de humildad heroico. En una espléndida película de Fred Zinnemann –*Historia de una monja*–, protagonizada por la mítica y

deliciosa Audrey Hepburn, se contaba un acontecimiento dramático. La superiora de Audrey –aspirante a monja, hija y ayudante de un gran científico– le pide que suspenda un examen que tiene que hacer ante los colegas científicos de su padre. No se lo exige para martirizarla, sino para ayudar a una compañera suya. Audrey decide hacerlo, pero en el momento del examen, al ver la cara de decepción de los amigos de su padre, no puede soportarlo y demuestra su saber. En un cuento de Álvaro Pombo, titulado *El jardín de las luengas mentiras*, se narra la historia de un joven enamorado de la hija de un famoso arquitecto. Cuando ella le presenta a su padre, el muchacho dice que ha terminado la carrera de arquitectura cuando en realidad le faltaba

HAY GENTE QUE SE CASA CON UNA PERSONA A LA QUE NO QUIERE PARA NO HERIRLA CUANDO, EN REALIDAD, SE HIERE A SÍ MISMO

una asignatura. Se casa con la chica, pero esa mentira condiciona su vida entera. No es una fantástica invención. Guardo un recorte de una revista francesa que cuenta la trágica historia de un hombre, felizmente casado y padre de dos niños, que es despedido de su trabajo en una regulación de personal. No se atreve a decírselo a su mujer, y durante un año finge

que está trabajando, y sale por la mañana para buscar trabajo. No lo consigue, y llega un momento en que es inevitable que su mujer se entere de lo que ocurre. Pero, a esas alturas, ha mentido demasiado, tiene tantas cosas inexplicables que explicar –la primera ¿por qué no me lo dijiste?– que prefiere matar a su mujer y a sus niños y suicidarse.

Conozco a varias personas que se casaron por no decepcionar a la persona con la que no querían casarse. A la que, sin embargo, no querían. Son historias que me conmueven especialmente, porque sus protagonistas suelen ser personas delicadas, a quienes el deseo de no hacer daño les lleva a causárselo a ellos mismos. En abstracto, es bueno no querer defraudar a los demás, pero el miedo a decepcionar puede ser terrible, y me gustaría estudiarlo con más profundidad. ¿Podrían ayudarme contándome casos o diciéndome su opinión? Gracias. Mi correo es jamarina@telefonica.net ■



Raúl